

Marija Gimbutas y las diosas de la vieja Europa

La destacada arqueóloga lituana Marija Gimbutas comenzó especializándose en la prehistoria de Europa oriental. Su primer libro sobre el tema data de 1956.¹ Nueve años después publicó su estudio sobre la Edad de Bronce en Europa central y oriental,² en el que avanzó de manera decisiva en la resolución del viejo problema del foco de la cultura indoeuropea y de su expansión a Europa a partir aproximadamente de 4000 a.C.³

Gimbutas propuso ubicar la tierra de origen de los protoindo-

uropeos en las estepas del sur de Rusia y Ucrania, solución hoy aceptada por la mayoría de los estudiosos, aunque se plantea la hipótesis, aún no comprobada, de ampliar esta zona hacia el norte de Europa.⁴ Gracias a estos estudios, Gimbutas pudo abordar el problema, tal vez aún más importante, de la religión, la ideología y las formas de vida de los pueblos del sureste europeo durante el Neolítico, antes de la invasión indoeuropea.

Expuso los resultados de su investigación en 1974 en una obra fundamental: *The gods and goddesses of Old Europe: 7000-3500 BC*.⁵ Y en 1982 publicó una segunda edición, actualizada, de este mismo libro, con una significativa alteración del título, para adecuarlo mejor a su contenido manifiesto: *The goddesses and gods of Old Europe. 6500-3500 BC. Myths*

¹Marija Gimbutas, *The prehistory of Eastern Europe*, 1956.

²Gimbutas, *Bronze Age cultures in Central and Eastern Europe*, La Haya, 1965. Ver también: *The Balts*, Londres, 1963 y *The Slavs*, Londres, 1971.

³Citemos, de la extensa producción de Marija Gimbutas: "Proto-Indo-European culture: The Kurgan culture during the fifth, fourth and third millennia BC", en George Cordona, ed., *Indo-European and Indo-Europeans*, Filadelfia, 1970, pp. 155-197; "The beginning of the Bronze Age in Europe and the Indo-Europeans: 3500-2500 BC", *Journal of Indo-European Studies* (JIES), Montana, 1, 1973, pp. 163-214; "The first wave of Eurasian Steppe pastoralists into copper age Europe", JIES, 5, 1977, pp. 277-338; "The Kurgan wave 2 (c.3400-3200 BC) into Europe and the following transformation of culture", JIES, 8, 1980, pp. 273-315; "Primary and secondary homeland of the Indo-Europeans", JIES 13, 1985, pp. 185-212; etc.

⁴Un buen balance del estado actual de la cuestión puede encontrarse en el libro de J.P. Mallory, *In search of the Indo-Europeans. Language, archaeology and myth*, Londres, Thames and Hudson, 1989, caps. VI-VIII.

⁵Berkeley y Los Angeles, University of California Press.

and cult images.⁶ Las diosas primero y los dioses después.

Este cambio vino a reforzar la idea según la cual la cultura preindoeuropea de la llamada "Vieja Europa" se caracterizaba por "el dominio de la mujer en la sociedad y por la adoración de una Diosa que encarnaba el principio creativo como Fuente y Dispensadora de Todo. En esta cultura, el elemento masculino, humano y animal, representaba poderes espontáneos y que estimulaban a la vida, pero que no la generaban".⁷

Durante un tiempo algunas intelectuales y militantes feministas buscaron fundamentar históricamente su lucha postulando la existencia de una fase matriarcal comunitaria en la historia de la humanidad. Se basaban por lo general en las viejas teorías de J.J. Ba-

choven (1815-1887), expuestas en *Das Mutterrecht* [El derecho materno] (1861) acerca de que hubo, después de la promiscuidad de la horda primitiva y antes de la patriarcal antigüedad clásica, una ginecocracia igualitaria, libertaria y pacifista, basada en el culto de una madre prístina telúrica [*tellurische Urmutter*].⁸

De manera parecida, el marxismo buscaba corroborar la validez del comunismo científico postulando la existencia histórica de un comunismo primitivo. El feminismo vino a radicalizar este planteamiento al ligar el comunismo con el matriarcado, o en términos más generales, con el problema de la relación entre los sexos, siguiendo en esto al joven Marx, que cifró el nivel de cultura de una sociedad en la calidad de la relación entre hombre y mujer.⁹

⁶Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 304 pp. Hay edición inglesa, Londres, Thames and Hudson.

⁷*The goddesses and gods*, p. 9. El antecedente de Dionisio se representaba como danzante itifálico, adorando en éxtasis a la Gran Diosa: "Rebosante de virilidad, era el preferido de todas las mujeres" (pp. 220-227).

⁸Sigo el resumen de Robert H. Lowie, *Historia de la etnología* (1937), trad. de Paul Kirchoff, México, FCE, 1946, pp. 55-59.

⁹Karl Marx, *Manuscritos: economía y filosofía* (1844), ed. y trad. de Francisco Rubio Llorente, Madrid, Alianza, 1968, pp. 142-143. Vale la pena releer una vez más el célebre fragmento de la sección sobre "Propiedad privada y comunismo" del tercer manuscrito: "En la relación con la mujer, como presa y servidora de la lujuria comunitaria, se expresa la infinita degradación en la que el hombre existe para sí mismo, pues el secreto de esta relación tiene su expresión inequívoca, decisiva, manifiesta, revelada, en la relación del varón con la mujer y en la forma de concebir la inmediata y natural relación genérica. La relación inmediata, natural y necesaria del hombre con el hombre es la relación del varón con la mujer. En esta relación natural de los géneros, la relación del hombre con la naturaleza es inmediatamente su relación con el hombre, del mismo modo que la relación con el

Sin embargo, las investigaciones históricas no parecían confirmar la existencia generalizada de una fase histórica de comunismo primitivo o de ginecocracia igualitaria y pacifista, y estas teorías fueron abandonadas paulatinamente. En realidad, por lo demás, no había necesidad de fundamentar en un pasado remoto la justicia de una aspiración presente.

Entonces sucedió que las apolíticas excavaciones de Marija Gimbutas vinieron a replantear la cuestión al asentar que la Vieja Europa tenía “una cultura matrifocal y probablemente matrilineal, agrícola y sedentaria, igualitaria y pacífica”.¹⁰ Esta sociedad agrícola ideal, no fue una utopía porque fue real, existió en la Europa sudoriental a partir de 6500 a.C. hasta que fue destruida, entre 4000 y 2500 a.C., por varias oleadas de invasores indoeuropeos, pastores guerreros provenientes de las estepas rusas.

Gimbutas llegó a estas conclusiones con base en el examen de

unas 30 mil pequeñas figuras de barro, mármol, hueso, cobre y oro, con una creciente riqueza figurativa y, sobre todo, un alto sentido simbólico que Gimbutas estudiaba detalladamente, reproduciendo abundantes ilustraciones. El análisis con radiocarbón le permitió fechar estas figuras, además de enormes cantidades de vasijas rituales, altares, equipo sacrificial, objetos con inscripciones, modelos reducidos de templos en barro, templos verdaderos y pinturas en vasos o en las paredes de los santuarios.

Para 7000 a.C., Europa sudoriental –a diferencia de sus vecinos de Europa del norte y del oeste– había superado ampliamente la fase aldeana incipiente. Contaba con grandes asentamientos urbanos, artesanos especializados, instituciones políticas y religiosas y cierto tipo de escritura rudimentaria. Todo esto llevó a Gimbutas a concluir en la existencia de una auténtica civilización¹¹, la civilización de la Vieja Europa, contemporánea y no de-

hombre es inmediatamente su relación con la naturaleza, su propia determinación natural. En esta relación se evidencia, pues, de manera sensible, reducida a un hecho visible, en qué medida la esencia humana se ha convertido para el hombre en naturaleza o en qué medida la naturaleza se ha convertido en esencia humana del hombre. Con esta relación se puede juzgar el grado de cultura del hombre en su totalidad. (...) [Rectifiqué la traducción poniendo “hombre” por *Mensch* y “varón” por *Mann*, siguiendo el original alemán, *Pariser Manuskripte 1844*, Munich, Rowolt, 1966.]

¹⁰ *The goddesses and gods*, p. 9.

¹¹ *Ibid.*, pp. 11-15. Tal vez suene mejor hablar, como lo hace Mircea Eliade, de “civilización europea arcaica”, en lugar de Vieja Europa; Mircea Eliade, *Histoire des croyances et des idées religieuses*, vol. I, *De l'âge de la pierre aux mystères d'Eleusis*, Paris, Payot, 1976, cap. II, p. 62.

rivada de la civilización de Medio Oriente.

La invasora cultura protoindoeuropea era totalmente diferente a la nativa de la Vieja Europa: "era patriarcal, estratificada, pastoral, móvil y guerrera". Aunque se ha enfatizado el carácter violento de estas invasiones, en las que los feroces guerreros protoindoeuropeos cazaban como a animales a los indefensos agricultores europeos, hoy se busca una explicación más completa del largo proceso de invasión. Sin duda influyó la superioridad militar de los recién llegados, pero también se ha hecho referencia a una crisis de las sociedades agrarias debido a una presión demográfica excesiva y a cambios climáticos, todo lo cual concedió ventajas comparativas a la economía pastoral sobre la agrícola.¹²

De cualquier manera, el resultado fue el mismo, y las deidades femeninas, particularmente la "Diosa Creatrix", fueron siendo desplazadas por los dioses masculinos, solares y guerreros, de los indoeuropeos. Pero las diosas no desaparecieron. Dice Gimbutas que a partir de 2500 a.C. se desarrolló

una mezcla de los dos sistemas mitológicos, el de la Vieja Europa y el indoeuropeo.

Este proceso sincrético se ha repetido muchas veces en la historia: para nadie es novedad, por ejemplo, que el culto mariano es una de las formas en que el cristianismo patriarcal integró elementos del culto preexistente a deidades femeninas. De igual forma, la religión de la Vieja Europa, agrícola y aldeana, había integrado a nuevas formas y contenidos varios elementos religiosos (pescados, serpientes, pájaros, cuernos) del periodo paleolítico.

Estos elementos estaban muy fuertemente arraigados en la mente humana, pues la historia de los cazadores recolectores y pescadores es mucho más larga que la de los pueblos agrícolas. La primera se mide en decenas de milenios, la segunda en milenios.¹³

De hecho, como lo ha recalcado Erich Neumann, el mismo culto a la Diosa Madre es un arquetipo humano, y por lo tanto ya existía en las sociedades preagrícolas, aunque en las sociedades agrícolas adquirió mayor fuerza y nitidez.¹⁴ En las sociedades preagrícolas el

¹³Y la fase industrial moderna se mide en decenios, en los que los cambios han sido aceleradísimos.

¹⁴Erich Neumann, *The Great Mother. An analysis of the archetype*, trad. de Ralph Manheim, New Jersey, Princeton University Press, Bollingen Series, 1955, p. 51: "En las culturas agrarias, con su énfasis en el crecimiento, la imagen de la Gran Madre y el matriarcado sociológico ocupan el primer plano. Pero esto sólo quiere decir que aquí

culto al elemento femenino de la divinidad se nos ha manifestado en las estatuillas (las llamadas "Venus") que sobrevivieron, muchas veces ligadas a la religión doméstica. Por otro lado, André Leroi-Gourhan descubrió que la polaridad masculino-femenino era un elemento simbólico importante en el sistema de signos que reconoció en las pinturas de las cavernas (el bisonte es femenino, el caballo es masculino, etcétera).¹⁵

Es significativo, a este respecto, que las partículas *pa* y *ma* sean elementos presentes en casi todos los idiomas de la humanidad, anteriores incluso a la gran rama indoeuropea. En esto, como lo señaló Antonio Alatorre, se confirma que "el lenguaje de la infancia nos lleva a la infancia del lenguaje".¹⁶

Mircea Eliade enfatizó que la revolución agrícola es "la revolución más larga", una revolución

que afectó de manera decisiva la ecología, la alimentación, la tecnología, la organización social, así como la cosmovisión y la religión. Se creó entonces una visión del mundo que por primera vez lo pudo considerar como una totalidad orgánica y cíclica, en la que la vida humana y social quedó integrada a la vida biológica y astral, en los que la vida y la muerte son íntimamente solidarios. Junto a la fertilidad de la tierra, el "misterio" de la fertilidad femenina pasó a primer plano.¹⁷

La transición a la vida agrícola fue un proceso de miles de años durante los cuales la cacería se combinó con las formas incipientes de agricultura. Mientras que los hombres aún se dedicaban a la cacería y a la pesca, la agricultura se volvió especialidad de las mujeres. Parece confirmarse la afirmación de Bachofen que atribuye a las mujeres un papel decisivo en la invención de la agricultura.

el Arquetipo Femenino adquiere mayor claridad que en otras partes -y también mayor unilateralidad. En realidad, este arquetipo está activo en los estratos bajos así como en los altos. La estructura arquetípica de la Gran Madre se encuentra entre los cazadores de la Edad de Piedra tanto como en el mundo moderno - independientemente de la estructura social (...)"

¹⁵ André Leroi-Gourhan, *Les religions de la Préhistoire: Paléolithique*, París, 1964, cit. por Eliade, *Histoire*, vol. I, cap. I, pp. 31-33.

¹⁶ Antonio Alatorre, *Los 1,001 años de la lengua española* (1979), México, FCE, El Colegio de México, 1989, cap. I, p. 17. Alatorre precisa que "en las palabras indoeuropeas *pater* y *mater*, lo único específicamente indoeuropeo es el elemento *ter*, usado en muchas otras palabras indoeuropeas (tal como el elemento *ador* es lo único específicamente español de la palabra *esquiador*)".

¹⁷ Eliade, *Traité d'histoire des religions*, París, Payot, 1949, cap. IX. Me parece extraño que, según Gimbutas (p. 237), los pueblos de la Vieja Europa desconocieran la relación entre sexualidad y procreación.

Los hombres regresaban a dormir a las tierras a cargo de las mujeres y la descendencia se hizo matrilineal. De modo que cuando la vida agrícola acabó predominando, las mujeres adquirieron una importancia central en la vida económica y religiosa de la sociedad. De allí la importancia que adquirió el culto a la Diosa Madre.¹⁸

El libro de Gimbutas obliga a varias interrogaciones. La primera se refiere a la necesidad de comprobar su caracterización de la sociedad de la Vieja Europa como matriarcal, igualitaria y pacifista. Sin duda la religión es una expresión de la vida social, y mucho del rico análisis simbólico al que somete sus materiales Gimbutas conduce a esa conclusión. Pero haría falta un análisis más explícitamente sociológico para probar con mayor seguridad este importante planteamiento.

Por otro lado, valdría la pena pensar en qué medida sus hallazgos son válidos para otras regiones. A este respecto, debe tomarse en cuenta que mientras que hay una notoria homogeneidad espacial de la cultura paleolítica, durante la fase agrícola se produjo una creciente diversificación.¹⁹

Por supuesto, son reconocibles varios rasgos generales propios de las religiones de las sociedades agrícolas, pero es entonces cuando se diversificaron más claramente las tradiciones regionales. Por eso los planteamientos de Maruja Gimbutas sobre el comunismo matriarcal de las sociedades de la Vieja Europa no pueden ser extrapolados acriticamente.

Ello no quiere decir que su análisis sea absolutamente inaplicable a otras regiones. En el caso de la India, se ha reconocido la existencia de una civilización india (la civilización del Indus) preindoeuropea, agrícola y sedentaria, que practicaba el culto a la Gran Diosa. Como en Europa, los invasores indoeuropeos (arios) impusieron "una sociedad patriarcal, una economía pastoral y el culto de los dioses del cielo y de la atmósfera, en una palabra, la 'religión del Padre".

En la India una mezcla o superposición entre la cultura nativa y la indoeuropea. Sin embargo, Eliade enfatiza que el elemento nativo, preindoeuropeo, acabó predominando sobre el invasor en el hinduismo.²⁰ Por eso se dio un ma-

¹⁸Eliade, *Histoire*, vol. I, cap. II y p. 400.

¹⁹*Ibid.*, caps. I y II.

²⁰Sigo a Mircea Eliade, *Le Yoga. Immortalité et liberté*, París, Payot, 1954, cap. VIII: "Le Yoga et l'Inde aborigène" y "Conclusion". Con todo, deben tomarse en cuenta las reservas, en cuanto al predominio del culto a la Gran Diosa, de Sir Mortimer Wheeler, *The Indus civilization* (1953), Cambridge University Press, 3a. ed., 1968, pp. 91 y 107.

yor equilibrio entre las deidades femeninas y las masculinas.

¿Puede suponerse una evolución semejante en Mesoamérica? La gran cantidad de representaciones en barro de deidades femeninas en el periodo Preclásico (1600 a.C.-200 d.C.) y aun en ciertas regiones en el Clásico (200-900 d.C.), parece ser indicio de una sociedad matriarcal como la que describe Gimbutas. Valdría la pena someter estas esculturas mesoamericanas a un análisis iconográfico simbólico semejante al que practica Gimbutas en las esculturas de la Vieja Europa.

De cualquier manera, el conjunto de las esculturas que sobreviven, con escenas muy humanas, apuntan hacia una sociedad que disfruta de la vida, acaso de campesinos igualitarios y pacíficos.²¹ Es notable como esta alegría de vivir que traslucen las esculturas del Preclásico se pierde en las sociedades "teocrático-militaristas" del Clásico y, más aún, en las del Postclásico.

Cabría, pues, pensar en la existencia en Mesoamérica de una evolución semejante a la del Viejo Mundo, en el que las diosas pacíficas de las sociedades agrícolas aldeanas fueron desplazadas y sub-

sumidas por los dioses masculinos, violentos y guerreros, de sociedades de cazadores y guerreros. Ya la cultura de Teotihuacan pudo resultar de una síntesis cultural semejante. Pero el planteamiento es difícilmente aplicable a la zona maya.

Aunque pudo haber semejanzas, son claras las diferencias entre Mesoamérica y el Viejo Mundo. En América la revolución agrícola se dio sin la concomitante aparición de la ganadería (debido a la desaparición de los grandes mamíferos durante el Paleolítico), de modo que no habrá en Mesoamérica el equivalente de los pastores protoindoeuropeos con su culto a dios caballo. ¿En lugar de los pastores indoeuropeos se impusieron en Mesoamérica chichimecas más o menos civilizados?

Como en el Viejo Mundo, en Mesoamérica se produjo una mezcla en la que las deidades femeninas fueron desplazadas por los dioses masculinos, pero no fueron enteramente eliminadas. Podría pensarse que sucedió un poco como en la India, donde la religión nativa acabó predominando.

Así, encontramos en Mesoamérica una religión solidamente basada en el principio dual masculino/femenino, el *ometeotl*, yin/yang hierogámico, al que se re-

²¹ Véase, por ejemplo, el bello libro de Jacqueline Larralde de Sáenz, *Crónicas en barro y piedra. Arte prehispánico de México en la Colección Sáenz. El periodo formativo*, Fotografías de Dolores Dahlhaus, México, UNAM, 1986, 250 pp.

ducen en última instancia la multiplicidad de deidades del supuesto politeísmo indígena. El omnipresente *Cóatl* es a la vez serpiente y dualidad: los cuates, y las cabezas de dos serpientes que se unen conforman el universo,²² de manera muy semejante a la iconografía arquetípica que Gimbutas reconoció en la Vieja Europa.

Es difícil precisarlo, pero podría ser que de manera cíclica fuera predominando uno u otro elemento de la dualidad. En la época azteca, en el último siglo antes de la llegada de los españoles, como bien lo vio Octavio Paz, predominaba el elemento masculino de la divinidad: Huitzilopochtli y Tezcatlipoca eran los dioses más venerados. Y estos dioses masculinos y guerreros fueron derrotados por los conquistadores españoles, de modo que a partir de la conquista dio inicio un nuevo ciclo cósmico en el que regresó el predominio de las deidades femeninas en la mente de los indios desamparados.

El culto a la Diosa Madre encontró expresión en el culto mariano que, como vimos, el cristianismo patriarcal incorporó para

integrar el arraigado culto predeocristiano a deidades femeninas. En México este cambio de énfasis se manifestó en el culto guadalupano.²³ No parece casual que, según Wigberto Jiménez Moreno, en 1531 según un sistema calendárico indígena, o en 1555, según otro, finalizó el Quinto Sol cosmogónico y dio comienzo el Sexto, en el que hoy vivimos.²⁴

El culto a la Virgen María en su advocación guadalupana llegó a competir con el culto al Dios Padre. Desde los inicios de la conquista, los españoles contribuyeron a identificar a la Cruz y a la Virgen con los elementos masculino y femenino del Ometéotl prehispánico al colocar sistemáticamente estas dos imágenes cristianas en los templos paganos.

Como escribió Ireneo Paz, abuelo de Octavio, la conducta de los conquistadores "rayó en imprudente y produjo para lo porvenir fatales consecuencias que todavía lamentamos. Porque respetables eclesiásticos me han asegurado que muchos indios de nuestra época siguen llamando a la Virgen Santísima *su* dios, cayendo sobre todo en tan grosero error con motivo de la venerada imagen de

²²Rubén Bonifaz Nuño, *Imagen de Tláloc*, México, UNAM, 1986.

²³Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (1950), ed. revisada y aumentada, México, FCE, 1959, cap. IV, "Los hijos de la Malinche".

²⁴Wigberto Jiménez Moreno y Alfonso García Ruiz, *Historia de México. Una síntesis*, México, INAH, 1962, p. 13.

Guadalupe".²⁵ Este error parece tan vivo hoy como en el siglo XVI y el XIX.

Pero por qué el culto mariano fue adoptado por los indios en su advocación guadalupana más que en ninguna otra? Como se sabe, el náhuatl no tiene los sonidos de la G y de la D, que los indios pronuncian con la C y la T. De modo que el Guad- de Guadalupe se volvió

el *coatl* nahua, a la vez serpiente y principio dual, elemento omnipresente en el lenguaje y la cosmovisión nahuas, arquetipo fundamental en la mente humana, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo. Pero esto sólo es parte de la explicación, que prefiero dejar para otra ocasión. . .

Rodrigo Martínez

²⁵ En las importantes e insuficientemente conocidas Notas anónimas a la edición de la *Información de 1556*, editadas en México, 1891, por Ireneo Paz (supongo que las Notas son de él); en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, eds., *Testimonios históricos guadalupanos*, México, FCE, 1982, p. 107.